

NUESTRAS INDUSTRIAS EN LA EPOCA COLONIAL

Nuestras Industrias *en la* Epoca Colonial

ESTE ESTUDIO

Este estudio de Guarnieri es completo dentro de un ámbito de síntesis admirable. Las informaciones históricas que contiene, y los comentarios que con fácil y brillante estilo formula a su respecto el autor, hubieran exigido, lógicamente, un texto mucho mayor que el que presenta. Pero Guarnieri, debido a su gran versación de cronista, en la mas alta acepción del vocablo, ha realizado el milagro de presentarnos, en un número relativamente reducido de páginas, un trabajo compendiado en el que traza a la vez la historia de las industrias de la época colonial, y una pintura magistral del ambiente y de los hombres mas destacados de la época, del punto de vista económico y social y a las veces político.

JUAN CARLOS QUINTEROS DELGADO.

OBRAS DEL AUTOR

ASI NACIO EL URUGUAY

Cómo un pueblo nuevo cumple sus destinos. - 1943. Libro de Lecturas Suplementarias, autorizado por el Consejo de Enseñanza Primaria y Normal. Edición de la **Fundación del Libro**, de la Escuela Nº 17, Brasil.

NUESTRAS INDUSTRIAS MADRES

Síntesis de su evolución histórica y perspectivas de futuro. - Montevideo 1946.

UN LUGAR DE AMERICA

La batalla de Las Piedras. - Montevideo 1947.

VERSOS GAUCHESCOS Y NATIVISTAS

Noticia sobre el orígen y el desarrollo de la poesía gauchesca y nativista. Montevideo 1949.

NUESTRAS INDUSTRIAS EN LA EPOCA COLONIAL

Montevideo 1950.

JUAN
CARLOS
GUARNIERI

Nuestras Industrias *en la* Epoca Colonial

Prólogo de
Juan Carlos Quinteros Delgado

MONTEVIDEO
1950

PROLOGO

Sin duda no se ha escrito poco acerca de nuestras industrias en la época colonial. **Félix de Azara**, los hermanos J. P. y **G. P. Robertson**, el capitán francés Bougainville, el **Presbítero** Pérez Castellano, el sabio **Dámaso Larrañaga**, don Miguel de Lastarria, don **Isidoro de María** en los tiempos lejanos; y el Dr. **Pablo** Blanco Acevedo, el Dr. Carlos María **de Pena**, el Dr. Domingo Ordoñana, Luis **Azarola Gil**, y otros, en épocas más cercanas — según nos lo relata el estudioso y observador autor de este opúsculo— escribieron, en forma más o menos pormenorizada sobre las industrias primitivas del país, empezando por la llamada **Era del Cuero** —con sus procedimientos de preparación y expendio rudimentarios— siguiendo por el abecé de la agricultura y la elaboración de carnes, y terminando con las pequeñas y rutinarias artesanías que echaron los cimientos, sin duda no muy sólidos, pero cimientos al fin, del desenvolvimiento y la diversificación de algunas de nuestras industrias modernas.

Los citados cronistas e historiadores pusieron asimismo de manifiesto a los animosos habitantes del país que en aquellos lejanos tiempos se destacaron por sus iniciativas y por su acción propulsora en aquel género de actividades.

Pero faltaba que un escritor de talento y con suficiente espíritu de observación y de análisis, urdiera todos esos hilos sueltos, esparcidos aquí, allí y acullá, para confeccionar la tela que constituyera una crónica integral de nuestras industrias de la época colonial.

Esta ha sido la laboriosa tarea acometida y realizada con el mayor de los éxitos, por Juan Carlos Guarnieri, que ya había dado reiteradas demostraciones de su capacidad de historiador y de escritor costumbrista.

El prologuista suele extenderse a menudo en largas disertaciones sobre el asunto del libro de que habla en el prefacio del mismo. Yo no haré tal cosa aquí, porque este estudio de Guarnieri es completo dentro de un ámbito de síntesis admirable. Las informaciones históricas que contiene, y los comentarios que con fácil y brillante estilo formula a su respecto el autor, hubieran exigido, lógicamente, un texto mucho mayor que el que él presenta. Pero Guarnieri, debido a su gran versación de cronista, en la más alta acepción del vocablo, ha realizado el milagro de ofrecernos, en un número relativamente reducido de páginas, un trabajo compendiado en el que traza a la vez la historia de las industrias en la época

colonial, y una pintura magistral del ambiente y de los hombres más destacados de la época, del punto de vista económico y social y a las veces político.

Por más integral y armónicamente bella y ajustada que sea presentada una obra escrita —como lo es esta que me ocupa— siempre ofrece algo que se destaca, con más alto relieve, del conjunto y que, por tanto, merece ser especialmente exaltado.

Ya dije que Guarnieri pone de manifiesto en este libro la labor proficua y meritoria de las personas que señala como las precursoras de nuestras industrias primitivas. El autor narra y glosa con grande acierto y claridad, el meritorio esfuerzo de estos pioneros, y nos presenta en igual modo, los perfiles biográficos de sus personalidades, como por ejemplo, cuando se refiere a Don Francisco de Medina, el iniciador de nuestra industria saladeril. Pero acerca de una de ellas se revela especialmente Guarnieri como escritor de fuste, que sabe trazar con rasgos de gran relieve, la semblanza de los hombres que supieron destacarse en nuestras gestas históricas por la multiplicidad de sus actividades patrióticas, humanitarias y progresistas. Me refiero a Don Francisco Antonio Maciel, el Padre de los Pobres, cuyas vastas realizaciones industriales, como dice muy bien nuestro autor, "son escasamente conocidas en nuestra época". Traza Guarnieri, en efecto, en apretada pero elocuente síntesis, la biografía de esta figura

benemérita, y nos la presenta, primero como comerciante progresista, luego como industrial inteligente y laborioso y por último como expedicionario y soldado valiente y mártir, a quien le tocó ser inmolado en un sitio ignorado del combate, donde peleó denonadamente en defensa de sus ideales patrióticos. "Aunque parezca inexplicable dados los acontecimientos que después se suceden —termina diciendo melancólicamente Guarnieri— sus cenizas quedaron allí para siempre perdidas para aquellos que lo amaron y para los que honraron su memoria".

En suma, Juan Carlos Guarnieri, ya escritor consagrado en múltiples facetas de las actividades intelectuales, ha conquistado un lauro más con la publicación de este opúsculo que merece ser leído, no sólo por los economistas y aficionados a las cuestiones históricas, sino también por los amantes de las bellas lecturas que son, a la vez que eruditas, amenas e ilustrativas. El estudio del lejano pasado histórico realizado en forma comprensiva y brillante, como el que se hace en esta obra, al par que instruye y deleita, hace surgir provechosas enseñanzas para el presente y el porvenir.

Juan Carlos Quinteros Delgado.

Nuestras Industrias en la Epoca Colonial

LOS PUEBLOS ABORIGENES

Los primitivos habitantes de nuestro país —comunidades de pueblos de **recolectores cazadores y pescadores**— no dejaron impresa su huella en el plano del arte y de las industrias. Su espíritu, hoy definitivamente cerrado para nosotros, apenas ha perpetuado desconocidas inquietudes en toscas cerámicas donde aparecen algunos tímidos balbuceos artísticos, y en el material lítico que formaba parte de sus armas y utensilios, tallado a veces con habilidad y pericia, y sus industrias no eran menos pobres y primitivas. Conocían un rudimentario curtido de pieles, la conservación de ciertos alimentos, la elaboración de manteca o grasa de pescado y obtenían una especie de hidromiel fermentando con agua la miel de algunas avispas silvestres.

Muy distantes se encontraban nuestras tribus, descendientes presumiblemente del gran tronco arawack, de los altos estadios culturales alcanzados por otros pueblos americanos que lograron desarrollar a la perfección varias artes e industrias, tales como la textil, la metalúrgica, el tallado y pulido de piedras y la agricultura, pudiéndose decir que estos pueblos aportaron a la humanidad entera valiosos elementos de progreso. Baste anotar que la agricultura americana precolombiana aportó a la europea y luego a la de todos los contine[illegible]

tes plantas tales como la patata o papa, el boniato, la batata, el tomate, el maní o cacahuete, varios guisantes y calabazas, los frijoles o porotos, la mandioca, el ají, el ananá, etc., y entre los árboles y arbustos el cacao, la vainilla, la coca, el algodón, la yerba mate, gomíferas, el plátano y muchos otros de vastas aplicaciones en la alimentación humana y animal y en diversas industras.

LA INICIACION DEL COLONIAJE.

Tarde, si tomamos como puntos de referencia a las primeras colonizaciones españolas realizadas en el suelo americano, la planta del progreso llega a hollar nuestro suelo virgen, pese a su gran fertilidad y aún mas, a su privilegiada situación geográfica.

Causas inherentes a las orientaciones económicas de la España de aquellos siglos, a las características de la inmigración europea y a la aparente pobreza de estas tierras obraron este retardamiento. Los castellanos no se detienen mucho tiempo allí donde el indio es pobre, bravo y rebelde, y donde sus técnicos en minas no hallan placeres ni vetas de metales preciosos. Los grandes pueblos civilizados agrupados en las alturas y en los valles andinos los atraían particularmente con sus fabulosas riquezas y con su número, y durante centurias el Dorado nunca avistado por los ojos del hombre y el Potosí, que dió plata como "para formar un puente entre América y Europa", fueron los grandes imanes que obraron sobre el espíritu de sus aventureros. Pero no juzguemos demasiado severamente a estos hombres arrojados y duros; la codicia y el ansia de riquezas logradas en breve tiempo fueron y son estigmas de todas las épocas.

Fué necesaria la estabilización de algunos pueblos en la cuenca rioplatense para que la Banda Oriental, abandonada a sus indiadas levantíscas y bárbaras, comenzara a preocupar a algunos gobernadores de aquí y estadistas de la península, y fué también necesario que en ella apareciera algún estímulo a la actividad humana.

Por el siglo XVII dos acontecimientos, al parecer sin importancia alguna, salvados apenas de entre los confusos y oscuros recuerdos de entonces crearon este estímulo, iniciando una nueva etapa histórica de esta tierra que permanecía desierta frente a Buenos Aires ya secular, desde donde llegaban a sus costas mas cercanas algunos marinos y trabajadores con el fin de recoger leña y fabricar carbón para la ciudad. Arribaban en sus embarcaciones hasta la desembocadura de algunos arroyos de márgenes arboladas, talaban sus vegas, levantaban y quemaban sus primitivos hornos, y pocos días después, siempre bajo la vigilancia y el peligro del ataque del charrúa, retornaban cargados con el producto de su trabajo.

Esta fué la primera industria explotada en nuestra tierra.

Pero volvamos a los acontecimientos que queríamos destacar. En los años 1611 y 1617 respectivamente, se efectuaron, como es sabido, por orden del gobernador asunceño Hernando Arias de Saavedra las primeras introducciones de ganado mayor en nuestra Banda; la primera en la Isla del Vizcaíno en el río Negro, y la segunda en un punto del actual Departamento de Colonia, en la "costa firme de San Gabriel", de tanto en tanto visitada por los indios guaraníes que habitaban las islas cercanas.

El clima apacible y la fertilidad de nuestro suelo favorecieron en forma insospechada el desarrollo de este ganado, que con sus dientes y sus pezuñas fué transformando poco a poco la pasturas típicas de nuestras praderas precolombianas, y varias décadas después, presumiblemente con el aporte de ganados bajados de las estancias fundadas al Norte de nuestro país por los religiosos de la Cía de Jesús, grandes rebaños de vacunos vagaban a su arbitrio por los desiertos, impulsados por los factores climatéricos y atmósfericos y por sus instintos, y vadeando ríos y arroyos y subiendo serranías se extendían poco a poco por todo el país, sin que pudieran mermarlos las correrías de los indígenas y las probables epizootias.

Un día los carboneros y leñadores porteños comprendieron que otra riqueza llamaba a los aventureros y esforzados a la Banda Oriental, al mismo tiempo que el ganado cimarrón cubría una gran parte de la cuenca platense y su caza empezaba a constituir en la gobernación una de las actividades mas lucrativas.

LA ERA DEL CUERO Y LA "VAQUERIA DEL MAR"

Hacer la historia de la explotación y el desarrollo de esta nueva riqueza es en verdad hacer la historia de un largo lapso de nuestro pasado. Este lapso llena casi toda la época que con justeza ha sido llamada la **Era del Cuero.** El Uruguay permanece aún abandonado a sus indiadas infieles, pero ya se empieza a atisbar su valor económico y político. Iniciada la explotación del **corambre,** que, como es harto conocido consistía en la extracción de cueros de vacunos que se mercaban en Cádiz, y en manos de corsarios y lusitanos en otros puertos de Europa y en Brasil, llegaron a nuestros territorio desde Buenos Aires, Santa Fé, y otros puntos de la región faeneros facultados con los contratos del caso, extendidos entre el industrial y los representantes de la Corona, y simultaneamente con ellos actuaron corambreros clandestinos de la región o extranjeros — muchos de ellos corsarios que se detenían largo tiempo en nuestras costas hasta que llenaban las bodegas de sus embarcaciones con centenares de miles de pieles que pregonaban en el Viejo Mundo la bárbara riqueza de América.

Pero los más grandes competidores de todos ellos fueron los portugueses que, llevando a cabo su sueño secular de extender sus dominios hasta el Río de la Plata, corriéndose hacia el Sur desde Sao Paulo, ciudad de los terribles **mamelucos** o **paulistas,** posesionados practicamente de todo el Río Grande del Sur, supieron sacar pronto el máximo partido de esta ganadería salvaje, "cosa de nadie". Ellos hicieron durante largas décadas fuertes acopios de pieles, fabricaron tasajo, y realizando grandes arreos de tropas de ganado en pie, llevaron hasta San Pablo y otros pueblos brasileños carne fresca y poblaron de vacunos enormes regiones favorables para su cultivo, arrebatadas a sus parientes los españoles.

Eludiendo las fuerzas de los Tapes de las doctrinas Jesuíticas que señoreaban aquellas tierras, y conservando la paz con los indios lograron mantener expedita una ruta terrestre que desde Río Grande bajaba entre la región de los lagos por los arenales atlánticos, entraba en nuestro país por los pasos del Chuy y el San Miguel y seguía a corta distancia de la costa hasta la Colonia del Sacramento, factoría fundada por Lobo en el año 1680. A lo largo de esa ruta los portugueses tenían sus ranchos y corrales para el descanso necesario de hombres y ganados, y debemos añadir que la actividad lusitana no se limitaba solamente a este tráfico sino que el camino de los arrieros era recorrido a la inversa, hacia el Sur, por contrabandistas y comerciantes clandestinos que durante mucho tiempo desarrollaron una fuerte actividad comercial que llegó a amenazar el naciente esplendor de Buenos Aires, extendiéndose sus mercaderías colocadas a precios mucho mas bajos que las introducidas por los españoles en el continente, por toda la región y aún hasta las poblaciones cisandinas. (1)

Pero veamos ahora como se efectuaban las matanzas del ganado cimarrón que, según el viejo historiador Isidoro de María fué por muchos años "la bendición de esta tierra."

"Se junta una cuadrilla de gente —dice **Félix de Azara** en una de sus obras— **por lo común perdida, fascinerosa, sin ley ni rey, y va donde hay ganados. Cuando halla una tropa o punta de ella se forma en semicírculo, los del costado van uniendo el ganado y los que van en el centro llevan un palo largo con una media luna bien afilada con**

la que desjarretan todas las reses, sin detenerse, hasta que acaban con las que hay o las que tienen por necesarias. Entonces vuelven por el mismo camino y el que desjarretó, armado de una chuza, penetra con ella la entraña de cada res para matarla, y los demás le quitan el cuero para estirarlo con estacas." (2)

El escritor Domingo Ordoñana, que al finalizar el siglo pasado se ocupó preferentemente en una serie de conferencias de nuestro progreso rural describió así las matanzas de toros:

"Los grandes rodeos de toros que por sus condiciones de marrajos, vivían apartados de los rodeos de vacas, eran tratados del modo siguiente: Diez o doce hombres en dos grupos se dirigían hacia un trozo de toros: se formaba a la carrera una extensa calle y dos diestros armados de medias lunas enastadas iban en el centro desjarretando en una pierna, consistiendo el secreto en cortar el Tendón de Aquiles de un golpe, saliendo por la parte opuesta para evitar el animal. En algunos casos el "changador" perdía la vida en los cuernos del toro, porque no pudo apartar el caballo con tino y habilidad al dar el corte".

En lo que se refiere a la preparación y acondicionamiento de los cueros obtenidos he aquí una ilustrativa página de los hermanos J. P. y G. P. Robertson, tomada de su libro **Cartas de Sud América** (1815 - 1816):

"Volviendo al tema de los cueros, diré que una vez sacrificado el ganado vacuno y caballar en la forma referida y sacados los cueros, estos eran estaqueados al sol en el campo hasta secarlos completamente. Después se llevaban sucios como estaban a una estancia o a un puerto en esos viajes que hacía don Manuel y que ya he descripto. Descargados en el depósito había que limpiarlos y sacudirlos con un palo para librarlos de la polilla, insecto que es el peor enemigo de los cueros y pieles de toda especie. Luego se disponen los cueros en el galpón, formando

grandes pilas que alcanzan al techo y así se asientan y aplanan mucho. Periodicamente hay que sacarlos de las pilas y sacudirlos según el tiempo que se guardan en el galpón. Por último se hace el embarque cuidando de que no vaya polilla en el buque. Con el frío del invierno la polilla desaparece y de ahí que los principales embarques de cuero se hagan en esa estación."

"El trabajo de sacudir los cueros con las varas, es todo un arte, aunque parezca la operación más sencilla. Los cueros están plegados en dos como una hoja de papel y dos hombres realizan la tarea: cada uno toma una punta extrema del cuero y así lo abren para hacer caer la polilla, sacudiendo con la vara cada mitad en forma simultánea. Ambos batidores hacen su trabajo en el mismo espacio de tiempo y con increible rapidez. Cada pareja tiene que atender a seis u ocho hombres que van sacando de continuo los cueros de las pilas y después volviéndolos a ellas. A veces, cuando los batidores aventajan a los acarreadores en el trabajo o en ocasión de haber terminado de sacudir una pila, tocan sobre el último cuero una especie de toque de retreta, como sobre un tambor, en son de burla o triunfo, algo así como los repiqueteos alegres que hacen oír en los campanarios de las aldeas. Quiero mencionar también la gran destreza y fuerza desplegada por los peones al sacar los cueros de las pilas en el galpón y como los los colocan simetricamente poniéndose dos hombres de pie sobre cada pila. Las bromas y los chistes presiden estos trabajos y al anochecer se encienden los fuegos para la cena dándose un espectáculo muy parecido al que describí cuando me ocupe de los viajes en carreta."

* * *

La toponimia de nuestro país ha recogido algunos nombres de aquellos primitivos faeneros,

entre los que se hallan los de Pando, Solís, Maldonado, Rocha, Cufré, Peñarol, etc. (3).

Incalculable número de pieles vacunas deben haber salido de la Banda Oriental —de antiguo llamada por su riqueza ganadera la Vaquería del Mar— en el largo lapso de la Era del Cuero, ya exportadas desde nuestros puertos, ya beneficiadas por los portugueses. Ya al final de esa etapa de nuestro desarrollo económico, el 5 de marzo de 1871, salían de Montevideo en un convoy de veinticinco navíos 432.000 cueros vacunos, y la exportación anual podía calcularse no menor de los 400.000 cueros. Por aquel entonces este producto del país llenaba todas las barracas de la ciudad. Los cueros se almacenaban convenientemente hasta en los terrenos baldíos esperando las embarcaciones que luego los transportarían a los centros manufactureros del Viejo Continente. Juan Francisco Aguirre anota en su "Diario" que por el año 1872 se hallaban almacenados en Montevideo para su exportación un número de cueros no menor de 1:500.000. Su precio era a la sazón de dos pesos la pieza, por lo que se puede deducir la enorme riqueza que entonces representaban. (4)

Aunque estas exportaciones enchían sobre todos lejanas arcas foráneas, el saldo nos era altamente favorable. Ya el país no era un inmenso desierto señoreado por charrúas y minuanes, altivos y bárbaros: varias poblaciones habían surgido frente al Plata y en el interior, y en medio de las desoladas campañas habían comenzado a aparecer las minúsculas células primitivas de nuestra civilización rural, que representaban los primeros hacendados fijos, las pulperías, etc., y sobre ellas empezaba a tejerse lentamente sobre antiguas sendas, la urdimbre de los primeros caminos. Se estaba preparando un bello y brillante porvenir.

La extracción de cueros bovinos que enriquecía a los empresarios con licencia o sin ella y a los primeros hacendados, daba ocupación a millares

de personas, llenaba las arcas públicas con apreciables recursos impostivos y hacía florecer las aldeas que fueron en sus comienzos las hoy orgullosas capitales del Plata. Además dió una fisonomía típica a la vida y los hombres de las regiones rurales. De ella surgió el gaucho, su personaje mas representativo.

De cuero eran los grandes techos de las perezosas carretas que se aventuraban en largas caravanas al través de los desiertos, entonces mas peligrosos que los mares, infectados por los corsarios de la tierra; de cuero eran los lechos y los asientos de las viviendas rurales; de cuero eran las mas de las veces las puertas y ventanas de los ranchos de los campesinos y de cuero eran sus trojes; los "noques" colgados a la intemperie y rellenos de cereales, que consistían en una piel de buey seca y convenientemente cosida.

El cuero fué durante mucho tiempo la mejor moneda del Río de la Plata —segura como una pieza de oro— y muchos centenares o miles de negros esclavos fueron mercados por cueros nuestros en el Brasil, algunas de cuyas ciudades fueron de antiguo asientos de negreros.

Para dar una idea de la gran riqueza ganadera de la Vaquería del Mar y del Río de la Plata, insertamos a continuación los testimonios que van a leerse:

En su "Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata", fechada en Batoví el 9 de mayo de 1901, el ya citado naturalista español Félix de Azara dice lo siguiente:

"Consta de las relaciones de todos los ancianos y de varios papeles que desde el principio del siglo diez y ocho y hasta pasada la mitad del mismo, estaban las Pampas de Buenos Aires desde esta ciudad hasta el Río Negro, o los cuarenta y un grados de latitud tan llenas de ganado cimarrón, que no cabiendo, se extendía hacia las minas de Chile, Mendoza, Córdoba y Santa Fé, como que

estas ciudades pleitearon derecho a él, contra Buenos Aires. También es público y notorio, que por el propio tiempo y hasta pasados los años de mil setecientos ochenta, había cuanto ganado alzado podían mantener los campos del Norte desde el Río de la Plata al de **Tybicuarí,** o los veinte y siete grados. Desde esta latitud a la cuarenta y uno hay una extensión de doscientas ochenta leguas marítimas. Por lo que hace a la anchura tomaré la menor que es de ciento cincuenta lenguas: de modo que el espacio ocupado en aquellos tiempos por los ganados, casi todos cimarrones, pasaba de cuarenta y dos mil leguas cuadradas. Los paraguayos han experimentado, que en tres de sus leguas cuadradas, que hacen dos de Buenos Aires o geográficas, se alimentan bien cinco mil reses vacunas, esto es dos mil quinientos en cada legua; pero suponiendo que sean solo dos mil, hallaremos que en las cuarenta y dos mil citadas leguas había cuarenta y ocho millones de cabezas de ganado..." (5)

Por los años 1793, 1794 y 1809, los hacendados y labradores del Río de la Plata elevaron al virrey representaciones sucesivas, tendientes a lograr la abolición de ciertas restricciones que bloqueaban el desarrollo de su industria, que hoy constituyen otros tantos documentos sobre el estado rural de aquella época.

En 1794 decían los hacendados:

"En ella —se refieren a la región del Río de la Plata— se cuentan por millones las cabezas de ganado vacuno, caballar, lanar y cerdal, con salinas abundantes, parajes muy apropiados para formar saladeros en donde puedan entrar comodamente lanchas de carga, y puertos para los navíos como los de Buenos Aires, Montevideo, Maldonado y Colonia.

. . . .

"Es aquí el arte pastoril el de mayor atención por las bellas propensiones que hay para formar establecimientos numerosos, por la grande extensión de los terrenos, y todos al cual mas fértil para apacentar ganados, que con el buen temple del clima, y la situación de este país por sus muchos puertos, es el mejor para el comercio."

"A esta predilección que merece esta provincia, se debe la excesiva abundancia que tiene de ganados, porque si es el caballar que contribuye al fomento y la conservación de las estancias, hay así en esta banda como en la otra de este gran río un crecido número de millones, y a tan alto grado ha subido este exceso, que no hay poder humano que los pueda sujetar a pastoreo, de modo que en ciertos tiempos del año es preciso que se junten los estancieros para matarlos por el perjuicio que causan por su muchedumbre e inquietud a la cría de ganado vacuno..."

"De la abundancia del vacuno es testigo toda Europa, como ya le causa admiración el ver los millones de pieles que desembarcan en Cádiz y en los demás puertos habilitados para el comercio de América, pues solo en el año del 92 se embarcaron para España ochocientos veinticinco mil nueve cueros de ganado vacuno, producidos de esta provincia..." "...sin contar los que se embarcaron para el Brasil para la compra de negros; en el noventa y tres, como lo demuestra el siguiente estado, se embarcaron setecientos mil quinientos treinta de ellos para el comercio de negros..." (6)

PEQUEÑAS INDUSTRIAS Y ARTESANIAS

Durante una extensa parte de la Era del Cuero las matanzas de vacunos se hacían exclusivamente para las extracciones de cueros; la carne de las innumerables reses sacrificadas por los "changadores" quedaba abandonada a orillas de los ríos y arroyos donde ellas se efectuaban, para pasto de aves de rapiña y los perros cimarrones que de esta manera se multiplicaron en forma extraordinaria. Solo muy tarde llegó a aprovecharse parte de su grasa y se hicieron algunas salazones, especialmente en la Argentina, iniciándose así otra gran etapa del aprovechamiento de la ganadería, etapa que en cierto modo aún no ha terminado. Pero por causas que se conocerán mas adelante la preparación del tasajo o charque —(charqui: vocablo quechua con el que en el Perú se designaba a la carne de llama cruda y cortada en trocitos, salada y secada al sol) — fué demorada bastante tiempo.

Mientras tanto, al par que las campañas eran batidas por los corambreros, al par que en su seno surgían pueblos y reducciones de indios, en cuyas tierras aledañas se practicaba la agricultura, mientras que aparecían Montevideo y Maldonado, otras industrias hacían su aparición en nuestro país.

Los ejércitos españoles destacados para batir a los indios infieles, a los corsarios y a los portugueses, llevaban para levantar sus reales y fortificaciones numerosos artesanos: herreros, albañiles, canteros, carpinteros, armeros, etc., que instalaban sus forjas y talleres volantes allí donde las necesidades de la campaña lo indicaban; abrían canteras en las inmediaciones y beneficiaban la cal para

asentar sus rústicas construcciones, dirigidas por aquellos maestros albañiles que fueron los oscuros arquitectos de la colonia.

Con las poblaciones estables aparecieron y se fijaron todos estos artesanos instalando sus talleres respectivos: herrerías, carpinterías, talabarterías, panaderías, canterías, hornos de cal, etc., y tiempos después llegaron a la vanguardia de los primeros artífices, los plateros que trabajaron sobre todo para los lujos de la campaña.

Estas células de la industria local se desarrollaron lentamente y muy tarde llegaron a formar verdaderas industrias, aunque cumplieron con su rol de progreso en su tiempo.

Hemos de citar todavía el establecimiento de tahonas para moler cereales y de molinos, el mas importante de los cuales —movido a agua fué fundado por los Padres de la Cía. de Jesús en el 1756.

LA AGRICULTURA

Como la agricultura desarrolló un rol de cierta importancia durante el período colonial, para dar una idea de sus orígenes vamos a transcribir a continuación unas páginas nuestras escritas sobre el tema hace algún tiempo.

"Los primeros núcleos de agricultores —decíamos — que existieron en nuestro país se iniciaron con las "misiones" o "reducciones" de indios que se establecieron en su suelo, pocos años antes de establecerse los jesuitas en el Paraguay, en el Norte argentino y en el Sur del Brasil.

"En el año 1625 —cien años antes de la fundación de Montevideo— durante el invierno llegó desde Buenos Aires a las costas habitadas por el terrible charrúa el P. Juan de Vergara, quien después de iniciar trato con los salvajes fundó en lugares que hoy no se pueden precisar con exactitud dos reducciones, que se llamaron de San Francisco de Olivares y de San Antonio, a las que proveyó luego de arados, azadones, bueyes y simientes de trigo y maíz.

Fueron los esforzados civilizadores que actuaron en estas fundaciones el ya citado Vergara y Fray Pedro Gutiérrez, ambos franciscanos, quedando un año después como misionero estable su fundador. (7)

Después de abandonadas o destruídas estas reducciones se iniciaron otros núcleos agrícolas junto a las reducciones jesuíticas y en redor de algunos pueblos que se van fundando, y que en cierto modo van fracasando sucesivamente, pues el pro-

greso se detiene a veces en su embrión inicial y se estanca definitivamente.

En el año 1624 se fundó el pueblo de Santo Domingo de Soriano, en cuyo contorno los indios chanás —que reciben mas tarde gruesos aportes de indios pampas— efectuaron algunas plantaciones, pero en realidad esta primera etapa de nuestra agricultura nada influyó en las que se sucedieron después.

Uno de los principales focos de agricultura en su época fué el formado por los portugueses en redor de la Colonia del Sacramento, fundada en 1680. Algunos colonos lusitanos iniciaron a extramuros, y quizás también en campos no muy cercanos, algunos cultivos que resultaron muy aleccionadores.

En una nota elevada a su gobierno, de fecha de 10 de enero de 1694, el tercer gobernador de la Colonia, don Francisco Napper de Lencastro, dice lo siguiente al extenderse en consideraciones sobre la fertilidad y las características de la tierra arrancada temporariamente a la corona de España:

"Es fertilísima para todos los frutos de España, capacísima para vinos, porque a los pocos años comienzan las vides a dar frutos, como lo tengo experimentado, sin ninguna diferencia con los de nuestra tierra...."

Por lo tanto podemos decir que este progresista gobernador portugués fué el primer viticultor del país, aunque sus experiencias nada deben haber representado para nuestra viticultura actual.

3. El comienzo de una gran etapa. La fundación de Montevideo y el surgimiento de las "Chacras del Miguelete."

El núcleo agrícola que puede considerarse ya como la lejana base de nuestra agricultura actual, nace y crece con la ciudad de Montevideo. Se expande lenta pero seguramente al amparo de los cañones de sus murallas.

Tres repartos sucesivos de tierra efectuó su fundador Don Bruno Mauricio de Zabala, y en ellos se distribuyó en total una superficie de unas 45.000 hectáreas; pero de estas tierras, como se comprenderá, muy pocas fueron destinadas a la agricultura.

De todos modos, esta primera célula de la riqueza agraria nacional, ya a los pocos años de haber sido creada hubo de ser de cierta consideración, ya que tenía que cubrir parte de las necesidades del vecindario, de la fuerte guarnición de la ciudad, y amén en ciertas ocasiones de las de los ejércitos que iban a luchar contra los indios alzados, o contra los portugueses que amenazaban desde el Norte y el Este la codiciada Banda Oriental.

Esta primitiva agricultura fué en su mayor parte rudimentaria, y se componía casi toda del cultivo del trigo, maíz, porotos, etc., que se hacía en las vecindades de la ciudad sobre todo en las llamadas "Chacras del Miguelete", repartidas a sus primeros pobladores, y que se extendían sobre el tramo mas bajo del arroyo de este nombre, sobre lo que hoy es Paso Molino, Prado, etc.

Por el año 1777 existían en Montevideo cuatro tahonas en las que se beneficiaba la harina por medio de un rudimentario mecanismo impulsado por mulas, y un molino de agua que entonces se hallaba paralizado y que en 1756 habían construído los jesuitas.

Se elevaba en la margen izquierda del Miguelete y quedó virtualmente paralizado en 1767, cuando el rey Carlos III de España expulsó de sus reinos a la Compañía de Jesús.

Este establecimiento, de tan efímera existencia dió, empero, nombre a una de las mas opulentas barriadas de nuestra ciudad de hoy, pues el lugar donde se alzaba fué distinguido en su tiempo, y hasta nuestros días, con el nombre de Paso del Molino. (8)

En cuanto a los precios de la producción agrícola —que eran fijados por una corporación nombrada especialmente para evitar abusos— eran por la citada fecha los siguientes: una "fanega" (9) de trigo costaba cuatro pesos; una de fríjoles o porotos seis pesos... El pan de diez y seis onzas de peso se expendía al precio de "medio real" (10).

Por esta fecha se habían efectuado ya en las históricas "chacras del Miguelete" algunas plantaciones de árboles frutales y de especies forestales de orígen europeo y asiático. Al respecto dice el P. Pérez Castellano en sus "Observaciones sobre Agricultura" (11) que "los membrillos fueron los primeros árboles que tuvo el Miguelete" (habla de los frutales). Y agrega que su principal destino es de ser fundadores de otros árboles. "En la chacra que fué de don Domingo Guerrero —concluye— hay un membrillar grande a lo largo de la costa del Miguelete, tan cercano a su orilla que los membrillares están mezclados a los sauces."

Uno de los mas eficaces propagandistas de la agricultura en el Montevideo de entonces, lo fué su primer gobernador don José Joaquín de Viana, sobre cuya quinta el abate Pernetty escribió lo siguiente:

"Después de una hora de marcha llegamos al bosque del Gobernador, el cual es un huerto delicioso, formado de manzanos, durazneros, perales, higueras, plantadas en filas poco regulares, con excepción de la del centro que tiene mas de media legua. Un arroyo bastante caudaloso serpea al través del vergel; las avenidas son muy agrestes a causa de la cantidad de plantas altas y bajas que crecen sin mayor cuidado, además de la hierba que hay en abundancia. Los árboles tan cargados de fruto que la mayor parte de las ramas no pudiendo soportar el peso inmenso, están quebradas. Todos los frutos —dícese— son excelentes; no pudimos comprobarlo, pues apesar de que tenían muy buena

apariencia, no estaban en madurez sino hasta fines de febrero." (12)

Otros de los pioneros de aquella agricultura fué el alférez de milicias don Felipe Pérez —fundador de un esclarecido linaje patricio— quien obtuvo por reparto en 1735 una chacra sobre el ya citado arroyo. "A los pocos años había convertido el campo virgen en fuente de intensa producción —dice un biógrafo suyo (13) —. Para resguardar la parte cultivada de la intromisión ajena y de los azotes de los vientos, don Felipe la hizo cercar con una zanja, jalonada con árboles de fuerte ramazón. Estos eran generalmente talas o cina-cinas. Fuera del trigo que allí se recogía llegó a tener en producción 1253 árboles frutales de las especies mas diversas. Elaboraba también vino, aunque este, según su decir, no era tan fuerte como el de las Canarias. Hubo años en que la chacra le dejó mas de mil pesos de ganancias."

Y para dar una idea de como vivían aquellos señores agricultores de entonces agregamos el párrafo que sigue:

"En su propiedad rural disponía también de las comodidades exijidas por su rango: una casa de material con techo de teja; una mesa donde no faltaban los cubiertos de plata y siete esclavos a su servicio..."

Por su parte el capitán de fragata francés L. A. Bougainville, que llegó a Montevideo el 31 de enero de 1776, para verificar la entrega de las Islas Malvinas a España, y cumpliendo una de las primeras etapas de su viaje alrededor del mundo, dejó en su relación de viaje la siguiente valiosa noticia acerca de la agricultura de aquella época:

"Los alrededores de esta ciudad (Montevideo) —dice— están incultos y no producen ni trigo ni maíz, hay que hacer traer de Buenos Aires la harina, las galletas y demás provisiones necesarias para los barcos". "En las huertas, sean de la ciudad, sean de las cercanías, no se cultiva casi ninguna legumbre: se encuentran solamente melones, calabazas, higos, manzanas y membrillos en gran cantidad." Y agrega: "Los animales son tan numerosos como en el resto del país, lo que, unido a la salubridad del aire, hace la escala en Montevideo excelente para las tripulaciones, únicamente se deben tomar medidas para impedir la diserción. Todo incita a ella al marinero en un país donde la primera reflexión al desembarcar es que se vive allí casi sin trabajo." (14)

Entre otras descripciones de las chacras del Miguelete merece ser citada la del P. Pérez Castellano, que encontramos en una carta suya mostrándola tal como se hallaba en 1787.

"La poseo —dice en esa carta— hace catorce años, es la que fué de Barrales, en la que usted comió algunas veces, debajo de unos viejos y robustos manzanos. Cuando usted la conoció y yo la compré, no había en ella mas que un bosquecillo de duraznos y de esos manzanos silvestres. Si usted la viera ahora, como lo he deseado muchas veces, diría: O quantum Niobe distabat ab ista. Podría usted comer bajo los naranjos sin que lo ofendiera el sol del estío en su cenit, porque los hay muy hermosos, como también limones reales y comunes; perales de cinco especies, manzanos de muchas mas, duraznos priscos, blancos y amarillos y membrillos, albérchigas de distintas especies, melocotones, duraznillos tempranos y otras muchas especies de árboles, puestos todos en proporción y buen orden. No por eso piense usted que es de las mejores; es solo de las medianas, porque ni el terreno es de los mas ventajosos, ni mis facultades han correspondido al deseo de adelantarla. Tengo una casa bastante capaz, en que mas veces enredado con los libros y otras con los árboles paso la mitad de mi vida."

En lo que se refiere a la industrialización de algunos productos agrarios, parece que desde muy

temprano se elaboró vino en Montevideo, iniciándose mas tarde la elaboración de alcohol."

*

* *

La agricultura fué durante mucho tiempo en el Río de la Plata una actividad de segundo orden —sobre todo en nuestro país— y a ella se dedicaron los colonos mas humildes incapaces de afrontar mayores empresas, y en las chacras y establecimientos de personas pudientes el laboreo de la tierra estaba librado a los brazos de los esclavos.

Múltiples fueron las penurias sufridas por algunos grupos de agricultores, y los virreyes tuvieron muchas veces que sostenerlos con subsidios y con envíos de animales, herramientas y semillas.

De estas penurias nos dice el siguiente párrafo de la representación elevada al virrey en 1793 por los agricultores.

"En medio de tan bellas proporciones (hablan de la fertilidad de sus tierras) — se ven los labradores de estas dilatadas campañas, en la mayor pobreza y aniquilamiento, por no tener salida de sus frutos a falta de comercio o extracción, lo que ha motivado, y particularmente el antecedente año 92, que el trigo se haya vendido aún después de la cosecha al bajo precio de 10 a 12 reales la fanega, sinembargo de ser doble mayor que la de España, y siendo constante que los costos de siembra y recogida ascienden a mucho mas, es consiguiente la pérdida. De este principio se siguen males de la mayor consecuencia, y el abandono de muchos pobres labradores que por no tomar el arado con repugnacia dimanada de la ninguna recompensa de su trabajo, mas bien se entregan al ocio y a la pereza, naciendo de estos otros tantos ladrones y salteadores como la experiencia lo tiene acreditado."

Y añadían:

"Así piensan estas naciones llevadas por la experiencia, y solo en Buenos Aires no ha de haber fomento y libertad en el cultivo y comercio de granos por la preocupación de que cuando se dan dos panes por medio real se ha llegado al colmo de la felicidad, aunque los labradores queden destruídos, y lo que es mas, que los pueblos vecinos se arranquen unos a los otros el pan de la boca, siendo todos hijos del mismo padre, en vez de ayudarse recíprocamente en sus fatigas y necesidades; este hecho se hace increíble, pero no hay cosa mas cierta y constantemente notoria a este vecindario, que para llevar trigo y harina en los años anteriores del 91 y 92 a Montevideo y al Paraguay, se han visto precisados los comerciantes a conducir como contrabando aquellas producciones excedentes." (15)

*

* *

Como hemos visto, las limitaciones al comercio de granos entre los pueblos del virreinato tenían su origen en la ingerencia de las autoridades locales preocupadas en mantener el bajo nivel del costo de la vida en los rubros de la alimentación. El precio y el peso del pan según su clase y de los productos alimenticios era fijado por el Cabildo reunido especialmente cada cuatro meses, y los aranceles se hacían públicos en edictos que se fijaban en varios puntos de la ciudad. Las infracciones eran castigadas con multas de apreciable monto para la época.

Ya al final del período colonial para evitar las especulaciones de los comerciantes en trigo y harina —unos pocos individuos habían monopolizado las atahonas donde se elaboraba la harina— se creó una alhóndiga que estuvo situada en el paraje denominado el Cordón a donde concurrían los agricultores para mercar sus granos, con lo que se logró una mayor estabilidad en los precios del trigo y subproductos. (16).

LA ERA DEL TASAJO

DON FRANCISCO DE MEDINA

La "Era del Cuero", que durante larguísimo tiempo —desde los comienzos de la explotación de nuestra riqueza pecuaria, hasta la época que vamos a conocer— representó casi toda, sino toda la actividad industrial de la Banda Oriental, cierra su postrer etapa en las últimas décadas del siglo XVIII. Finaliza este ciclo con el comienzo de la industria saladeril, que alborea entonces llena de promesas que van a cristalizar con creces durante mas de una centuria, hasta el advenimiento, a su vez de la "Era del Frío", con la instalación de los primeros frigoríficos en el Uruguay.

Varios son los factores que impulsan esta nueva industria que llena todo un vasto capítulo de nuestra historia económica y aún perdura, destacándose entre ellos la mayor populación de este territorio con la fundación de Montevideo y otros pueblos, la creación de mercados considerables para las carnes saladas, el acrecimiento de la extracción de sal, y el Reglamento de Comercio Libre, dictado en 1778 por el gobierno de las Colonias, mediante el cual se permitía a los puertos de Buenos Aires y Montevideo comerciar con otros puertos del continente y con algunos de la península.

Pero en esta aurora de una nueva actividad interviene también, como siempre, el genio emprendedor y el espíritu progresista de un puñado de personas que se adelantan a la época, quedando el punto de partida de ese gran ciclo señalado con

la actuación de una singular figura, que apenas caben en el brumoso marco de aquellos lejanos años que nos son tan poco conocidos. Nos referimos a don Francisco de Medina, quien instaló el primer saladero estable que contó nuestro país, sobresaliendo asimismo en otras empresas de gran envergadura para su tiempo.

Desgraciadamente, las referencias personales que nos quedan de este obrero del progreso rioplatense, son tan escasas que mas sabemos de estas obras que de su propia vida. Ignoramos cuanto se relaciona con su existencia al margen de sus empresas, y la fecha de su nacimiento, siendo su nacionalidad un punto confuso entre los autores que de él se ocuparon al tratar de paso su influencia en el desarrollo del progreso vernáculo.

No sabemos con que fundamento unos historiadores lo señalan como español —natural de Andalucía—, y otros lo dan como "vecino" de Buenos Aires o de Montevideo. Entre sus contemporaneos don Miguel de Lastarria, en un informe sobre la Banda Oriental dice:

"Hace poco que don Francisco de Medina, hacendista y que fué de víveres en Río Grande cuando éste estaba por España, y vecino de Buenos Aires, ha puesto en práctica un saladero de carnes en el Rincón del Sauce"... etc. (17)

Por su parte le historiador Bauzá, entre otros, afirma: "Contábase entre este número D. Francisco de Medina, vecino de Montevideo, hombre arriesgado y de mucho aliento"... etc. (18)

En una trabajo sobre nuestro personaje, escrito en 1895 por Carlos María de Pena, sostiene éste que era "oriental", después de utilizar, según su bibliografía, un amplio material. Lo mismo sostiene el Dr. Pablo Blanco Acevedo en su obra ya citada.

Dato importante al respecto puede ser el que se desprende del Diario de Viaje del célebre capitán

y hombre de ciencia francés Luis Antonio de Bougainville, quien llegando al Río de la Plata en 1767 con la misión de devolver las Islas Malvinas al gobierno español, en uno de sus viajes conoce en Río de Janeiro a un Francisco de Medina comandante de un navío de guerra, el Diligente, artillado con 74 cañones, que había salido del Plata con un cargamento de "cueros y de piastras". Este de Medina es citado varias veces en el referido Diario, dándosele como español. (19) ¿Este Francisco de Medina podría ser identificado con nuestro personaje? Es de hacer notar al respecto que si grande fué su genio emprendedor grandes hubieron de ser también sus vinculaciones con personajes influyentes, y estas influencias no puede haberlas conquistado sin una distinguida actuación que hasta hoy desconocemos.

Aparece esta singular figura en nuestra historia actuando como hacendista de la expedición de Cevallos al Río Grande, efectuada en 1777 y finalizada con la reconquista de todo ese vasto territorio que no tardó en pasar nuevamente a manos de los portugueses. Para dar una idea de la importancia de este cargo basta citar que la flota de esa expedición se compuso de 6 navíos, 5 fragatas, 6 buques mas de guerra y 116 transportes que condujeron 9316 hombres de tripulación y desembarco, una expedición formidable para la época y para el teatro en que le tocó actuar.

Enriquecido, se dice, en esa función, que cumplió en buena forma, colaborando al triunfo militar del Gran Capitán del Río de la Plata, trabó luego amistad con don Juan de la Piedra, quien tenía a su cargo la superintendencia y el comisariato de las poblaciones fundadas y a formarse en las bahías Sin Fondo y de San Julián, en la Patagonia. De esta amistad surgieron dos empresas, notables para aquellos tiempos. Adelantándose en varios años a la Compañía Marítima, planeó e

inició —obteniendo privilegio para ello— la pesca de ballenas y lobos marinos en los mares del Sur, equipando para esta actividad dos fragatas, la "Vertiz" y la "Carmen", que tripuló con arponeros y beneficiadores ingleses y norteamericanos. Por la misma época obtuvo también privilegio para efectuar salazones en las poblaciones a cargo de don Juan de la Piedra, y para recoger sal en sus ricas salinas.

La empresa de pesca y caza marina desarrollóse con éxito dando impulso a la ciudad de Maldonado, llevando a Punta Ballena gran cantidad de trabajadores, activando su población y su comercio. Pero la brillante marcha de los negocios no tardó en ser detenida en forma casi brusca, que dió al traste con la citada empresa y causó poco menos que la ruina de Medina. Fracasaron las colonias patagónicas, atacados sus pobladores-asturianos, castellanos y gallegos— por una epidemia de escorbuto. En sus propias naves los trajo de Medina de retorno al Plata donde se les dió nuevos destinos, yendo a aumentar la incipiente poblacin de los pueblos de Canelones, Pando, San Juan Bautista, Minas y San Carlos. Al mismo tiempo púsose de manifiesto la enemiga del virrey Marqués de Loreto, que lo acusó —ignoramos si con justicia— de no cumplir sus compromisos con el gobierno español, sobre todo en lo que se refería a las salazones de carne que el virrey ansiaba fomentar, limitándose —según él— sus actividades en San Julián a la recolección de sal, con lo que obtenía pingües ganancias.

Una lucha enconada y sorda se entabló entre ambos personajes, llegando el Marqués de Loreto a "cazarle" sus privilegios, destruir sus florecientes establecimientos y apresar sus naves y enviar sus tripulaciones a España. No decayó con este golpe el acerado espíritu de este extraordinario hombre de empresa, quien se dispuso a seguir luchando

contra una fuerza entonces todopoderosa en las colonias de América. Sin tardanza su voz se hizo oír ante quien correspondía en la península, lo que dice de su influjo en la Corte, y poco después obtenía nada menos que la desaprobación de la conducta del virrey, la devolución de sus barcos y sus hombres y de sus privilegios, si bien no se le indemnizaron las cuantiosas pérdida que hubo de soportar.

Y tanto no decayó su ánimo de hombre emprendedor que poco después, por no decir seguidamente, aparece al frente de otra nueva gran empresa, cuya trascendencia lo distingue como una de las grandes figuras de la historia económica rioplatense, la instalación de un gran saladero estable.

Conviene aclarar que las salazones no eran desconocidas ni nuevas en nuestro país, pero su importancia hasta entonces había sido escasa y no había creado establecimientos estables. Cooperaba contra su desenvolvimiento la escasez y el precio de la sal, así como la falta de consumo. La sal —hay que decirlo— era un artículo precioso en las ciudades platenses, si bien la formación de salinas no era empresa difícil en nuestras costas. La carne abundaba en forma extraordinaria, sobre todo en la Banda Oriental, pero la sal, primera materia en la industria del tasajo, se recogía a cientos de kilómetros de la capital del virreinato.

Esta faena es tan poco conocida que bien vale un párrafo aparte, que nos ilustrará asimismo sobre la vida que estaba reservada a sus pobladores. Anteriormente —y en este tráfico había actuado de Medina— la sal se recogía en la bahía de San Julián, desde donde era transportada en embarcaciones alcanzando su precio a $ 32.00 el quintal, precio que bajó a $ 5.00 cuando la recolección fué

activada por el virrey. Luego todos los años partía de Buenos Aires una verdadera expedición que llegaba hasta los lagos situados sobre la costa atlántica, hasta cerca del grado 40. Componíanla unas doscientas carretas que marchaban escoltadas por unos trescientos hombres aguerridos en la luchas con la brava indiada del Sur, y que llevaban un buen número de peones.

Día feliz era aquel cuando luego de meses de espera, la ruidosa caravana entraba en las polvorientas calles de Buenos Aires después de haber vencido innumerables penurias y dificultades, raleados sus trabajadores y soldados. Las ciudades del Plata quedaban entonces abastecidas del precioso artículo, y poco tiempo mas tarde salía hacia el Sur una nueva expedición que se internaba penosamente en las interminables llanuras señoreadas por los pampas. (20).

* * *

Al instalar su saladero, asociado a don Francisco de Ortega, comandante del resguardo de la Aduana de Montevideo, de Medina tuvo en cuenta dos factores básicos para su éxito: la abundancia de ganado y la obtención inmediata de mercados. Uno y otro se le abrían en la Banda Oriental mejor que en cualquier otra región del virreinato. Los vacunos pululaban en esta Banda y luego en Montevideo tenía su asiento la Comandancia General de Marina, de la cual dependían todas las actividades marítimas españolas en estas colonias y en los mares del Sur, al punto de que de ella dependía la Comandancia de las Islas Malvinas, cuyo gobierno estuvo muchos años radicados en Montevideo. El aprovisionamiento de sus barcos y armadas se ofrecían para el dinámico industrial como un excelente negocio, de las mas amplias perspectivas.

El saladero fué instalado en las márgenes del Colla "a siete leguas de la Colonia", en un lugar abundante en ganado vacuno por la fertilidad de sus tierras y la abundancia de sus pastos, con muchas aguas y puerto, y al mismo tiempo alejado y protegido de las correrías de los Minuanes y Charrúas, que la colonización paulatina de nuestras costas repelía hacia el interior del país.
Sus instalaciones demandaron grandes obrajes, siendo el capital que las obras y las faenas representaban, avaluado poco después en la entonces enorme suma de 200.000 pesos fuertes. Se faenaban allí alrededor de 1.000 reses diarias, anexándosele luego un criadero de cerdos que llegó a contar con unas 35.000 cabezas y que representaban una apreciable riqueza.

Completando sus planes, de Medina después de abastecer a las fragatas de la Real Marina, comenzó las exportaciones, colocando su primer cargamento de carne salada y sebo en la Gran Antilla, como a la sazón se le llamaba a Cuba. Según Isidoro de María el primer cargamento de tasajo salió de Montevideo en el paquebot "Los Tres Reyes" comandado por el capitán Juan Ros, y la exportación de tasajo de 1785 a 1793 fué de 138.075 quintales Pero una nueva dificultad le salió al paso, y fué la carencia de envases adecuados para la conservación y transporte del tasajo, que se fabricaba "a la manera del Norte", teniendo por técnicos a muchos de los hombres —ingleses y norteamericanos— que habían sido sus arponeros y beneficadores en su anterior empresa pesquera. Esta dificultad fué obviada con el concurso del virrey Vertiz, quien hizo venir de España, a costa del gobierno, a maestros toneleros con los que se agregó una tonelería al rico y floreciente establecimiento del Colla.

Empero, este florecimiento fué de corta duración. El 13 de agosto de 1788 falleció de Medina y nuevamente sobre sus empresas cayó la pesada mano del Marqués de Loreto. Por disposición testamentaria de Medina había nombrado albacea a su socio Ortega, y el virrey creyó que este cargo era incompatible con el que desempeñaba en la aduana de Montevideo, acusándolo además de de fraudaciones a la Real Hacienda.

Y como si esto fuera poco, habiéndose declarado en quiebra el administrador de Buenos Aires don Francisco Ximénez de Mesa, se le acusó de haber entregado a Ortega la suma de $ 20.000 de propiedad fiscal para que iniciara su sociedad con de Medina.
"Fué —dice Luis Enrique Azarola Gil en una de sus obras de la que tomamos algunos datos preciosos para estas páginas— el mas grave escándalo administrativo y judicial del Río de la Plata al finalizar el siglo XVIII". (21)
Ortega y Ximénez de Mesa fueron puestos en prisiones con otros funcionarios acusados de infieles, pero este gran escándalo que dió por mucho tiempo tema a las murmuraciones de ambas ciudedes del Plata, no paró solo ahí, y tomando una derivación imprevista vino a salpicar con su lodo a otra gran figura de nuestro progreso industrial. La nueva tormenta fué desencadenada por un amanuense de Ortega llamado Sebastián Rian, quien aseguró haber entregado a la esposa de don Francisco Antonio Maciel, a pedido de la señora de Ortega, "dos frasqueras o baúles" que posiblemente contenían alhajas y dinero, con lo que el comandante del resguardo de Montevideo pretendía salvar parte de su fortuna particular del embargo que pesaba sobre ella.

El 31 de mayo de 1789 el gobernador de Montevideo don Joaquín del Pino recibió órdenes del Marqués de Loreto de prender y poner en prisión a don Francisco Antonio Maciel y a su esposa doña María Antonia Gil, y de proceder al embargo de sus bienes.

Por consideraciones especiales dióseles, empero, a los acusados por prisión su propia casa, aunque se dispuso que se les mantuviera en rigurosa incomunicación por medio de centinelas de vista, y su proceso se fué substanciando con toda aquella abrumado lentitud de la colonia.

Al finalizar el año 1789 el Marqués de Loreto fué sucedido en su elevado cargo por don Nicolás de Arredondo, y desde Buenos Aires pasó a ocupar interinamente el cargo que del Pino ejercía en Montevideo el coronel Miguel de Tejada. Ante él, asistido por el Dr. Francisco de los Angeles Muñoz y el escribano Manuel Joaquín de Toca, depusieron los acusados, y su proceso se regularizó el 23 de enero de 1790, dándose sentencia definitiva el 15 de noviembre del mismo año, declarándose en forma amplia la inocencia de los inculpados, después de haberlos mantenido durante largos meses en prisión.

..."salta a la vista —dice el escritor ya citado— que las graves medidas tomadas con Maciel y su esposa fueron arbitrarias; pero cabe pensar que la incomunicación entre aquellos no debió aplicarse rigurosamente, o que los centinelas encargados de impedir toda aproximación entre el marido y su mujer se dejaron vencer algunas noches por el sueño, o cerraron los ojos bajo la grata presión de las dádivas. En efecto, cuando llevaba ya quince meses de encierro, doña María Antonia Gil dió a luz su primogénito." (22)

Y de esta manera terminó aquel ruidoso y largo proceso que unió a las dos grandes figuras de nuestro desarrollo económico de la época colonial. Seis semanas mas tarde de haber sido absuelto por sus jueces Francisco Antonio Maciel era nombrado en acto público procurador general de Montevideo.

DON FRANCISCO ANTONIO MACIEL

Desaparecido el saladero del Colla la propulsión de la industria del tasajo pasa a manos de don Francisco Antonio Maciel, cuyas vastas realizaciones industriales son escasamente conocidas en nuestra época. Su proverbial filantropía lo ha fijado definitivamente en el recuerdo de nuestras generaciones con el conocido dictado de 'Padre de los Pobres". Es la figura del primero de nuestros filántropos, la que hoy evoca en todos los uruguayos el nombre de Francisco Antonio Maciel.

Nació Maciel en Montevideo, el 6 de setiembre de 1757, siendo sus padres Luis Enrique Maciel, natural de Santa Fe, y Bárbara Camejo, oriunda de las Islas Canarias.

Su padre pudo labrarse una posición desahogada en la pequeña San Felipe, y al retirarse de sus negocios, confió sus empresas comerciales a su hijo Francisco Antonio, cuando apenas contaba 18 años de edad. Había adquirido éste en sus pocos años toda la instrucción y la cultura que entonces podía darse en Montevideo.

Excepcionalmente dotado para el comercio, y de espíritu activo y progresista, no tardó, luego, en abordar el terreno de las industrias.

Siguiendo las noticias que nos proporciona Isidoro de María en sus "Hombres Notables", en sociedad con don José Ramón Mila de la Roca, instaló "el primer saladero en forma" que vió nuestra Capital. Estuvo emplazado sobre el arroyo Miguelete, en el lugar al que el molino de agua construído en 1756 por lo PP. de la Compañía de Jesús, dió el nombre de Paso del Molino. (23).

La importancia de este saladero parece haber sido muy grande, contando con gran número de obreros, muchos de ellos negros esclavos, y paraguayos traídos especialmente para sus faenas.

Católico fervoroso, dotó a este establecimiento de una Capilla en la que con sus familiares y vecinos, su servidumbre y trabajadores, oía misa en los días de fiestas de guardar. Este modesto templo —que contó con capellán y puso bajo la advocación de Jesús, María y José, pasó luego a nuestra historia con el nombre de Capilla de Maciel, por haberse realizado en ella en 1813 el Congreso de ese nombre organizado por Artigas.

"Allí —dice de María— planteó el **primer molino de viento** que tuvimos, y la primera fábrica de alfarería que se conoció en Montevideo. Empleaba en la fabricación tierra de su chacra en el Pantanoso, que hacía conducir de una legua de distancia.

Para plantear este nuevo ramo de industria, mandó traer expresamente del Brasil hombres inteligentes en el ramo, por medio del presbítero Salinas, su capellán, propendiendo así al fomento de la industria y a atraer a su país brazos útiles." (24).

Seguidamente hace notar que el primer **jabón blanco** que se elaboró en el país fué fabricado por Maciel en un establecimiento anexo a su saladero, utilizando en la elaboración la **barilla** silvestre que crecía en abundancia en los alrededores del Cerro. Para perfeccionar esta industria envió luego a Chile a uno de sus esclavos, a cuyo retorno le dió la libertad.

El saladero que nos ocupa podía ser entonces el orgullo de Montevideo por sus numerosos edificios y por las arboledas y jardines que lo circundaban. El jardín tenía "cuarenta varas" de frente por cincuenta de fondo, y en él se habían plantado árboles y plantas provenientes de Francia e Italia, que Maciel deseaba aclimatar en nuestro suelo. Contaba además con un criadero de diversas aves y con un palomar que llegó a tener cerca de 5.000 casillas.

Su actividad en las esferas de la industria no se detuvo aquí, y así, tras el nombre de su cuñado don Juan Pedro Gil, fué el verdadero hacendista del primer alumbrado público de Montevideo, según consta en un expediente hecho conocer hace pocos años por el historiador Ariosto D. González.

De María dice que... "en el año 1795 acordó el Cabildo establecerlo (el alumbrado) sacando a remate el ramo. Maciel, el Padre de los Pobres lo remató en sociedad con el Colector Juan de Molina."

Este alumbrado, que vino a dejar sin efecto aquella ordenanza por la que se penaba con cuatro pesos de multa o 15 días de trabajo en obras públicas, a todo aquel que anduviese sin luz después del "toque de queda", comenzó a funcionar a fines del año 1799, siendo abastecido con velas de una fábrica de Maciel, que estaba situada en la entonces calle de San Miguel, frente a la Plaza de San Francisco, teniendo a la sazón por competidores en esta actividad a M. J. Yarza y a M. J. Monterroso, con una de cuyas hijas casó Lavalleja. Las velas se fabricaban por el procedimiento llamado de "baño", y tenían "dos tercios" de largo, según lo exijía el Cabildo.

Interesado en activar y ampliar el comercio de la época que reducía a los americanos a traficar solo con algunos puertos españoles, por medio del virrey solicitó permiso para comerciar directamente con el Brasil, obteniendo este permiso por vías de ensayo. Seguidamente púsose en contacto con algunos comerciantes de Río de Janeiro y abrió en Montevideo una casa de consignación para servir estas nuevas actividades que dicen de su enérgico y privilegiado espíritu de lucha y de progreso.

* * *

Trabajos tan fecundos y diversos para aquella época bastarían por sí solos para dar brillo a su

figura y destacarla entre sus contemporáneos, pero, como todos sabemos, la múltiple personalidad de Maciel, desplazándose a otros campos de acción, ha quedado señalada con el mérito de diversas obras que influyeron poderosamente en nuestra primitiva estructuración social.

Cuando apenas contaba 18 años —al hacerse cargo de los negocios de su padre—, fué uno de los fundadores de la Hermandad del Señor San José y Caridad, de la cual fué durante 20 años "Hermano mayor". Esta cofradía, instituída en 1775, tenía entre sus obligaciones la de asistir en su último trance a los reos condenados a pena capital. Mas tarde, por mediación de Maciel, estas se extendieron a socorrer los enfermos desvalidos y a los naúfragos. A los primeros se les auxiliaba con "dos reales" diarios.

Creyendo necesario ampliar esta obra, destinó luego uno de sus depósitos para hospital, dotándolo de 11 camas y haciéndose cargo de sus gastos. Esto ocurría en junio de 1787 y mientras tanto fué desarrollando la idea de dotar a su ciudad natal de un verdadero hospital gratuito que pudiera atender las necesidades del vecindario pobre. Apoyado por sus compañeros de cofradía y por el Cabildo la idea cristalizó pronto, y así, el 17 de junio de 1788 fué inaugurada la nueva casa para enfermos, base de nuestra organización hospitalaria que mucho honra a sus fundadores y a su tiempo.

Su construcción fué dirigida por nuestro filántropo y su instalación fué efectuada en buena parte con su contribución pecuniaria. Mas tarde hizo erigir en ella una nueva Capilla para atender las necesidades espirituales de los enfermos, y seguidamente planeó un recreo para convalecientes, para el cual donó un terreno de su propiedad vecino al hospital. Pero esta otra obra no pudo llevarse a cabo por los graves y extraordinarios sucesos que iban a sacudir la pacífica vida del Río de la Plata

y a la América entera, marcando la declinación y el fin del coloniaje.

* * *

Mas aún quedan por considerar otras facetas de la vida de este hombre interesante y ejemplar. Al lado del industrial y el filántropo, se destacan también el magistrado y el soldado.

Como magistrado desempeñó durante mucho tiempo la Judicatura de Comercio en aquella población de 15.000 almas, dando no poco impulso, como hemos visto, a su tráfico, comenzando a desarrollarlo con el Brasil.

Como soldado ingresó desde muy joven en la milicia, como todo buen "hijo de familia" de entonces, sirviendo 19 años después de graduado sin aceptar ningún sueldo, que renunció en favor de la corona. El 22 de mayo de 1780 fué distinguido con el cargo de Subteniente de Granaderos —en documento refrendado por el Marqués de Sobremonte, pálida figura de nuestra historia—, siendo promovido a Capitán de la Quinta Compañía del Batallón de Milicias de Infantería el 9 de noviembre de 1796, por el virrey Don Pedro de Melo de Portugal y Villena, obteniendo el cargo por real despacho el 15 de abril de 1803.

Quizá su contracción a la milicia le hubiera valido un honroso lugar en la lucha por la Independencia, si otros acontecimientos no hubieran cambiado el rumbo de su destino cuando solo se hallaba en la madurez de sus días.

En 1806 cunde en el Río de la Plata la amenaza de una invasión inglesa, poniendo inquietud y decisión en todos los ánimos. Inglaterra quiere vengar la intromisión de España en la revolución de sus colonias en América, y rehacirse a su costa de su pérdida. En ese año la amenaza cobra realidad con una escuadra que remonta el estuario y pasa hostil frente a las murallas de Montevideo, que se apres-

ta a la defensa. La flota se aleja y el invasor se dirige a Buenos Aires dispuesto a golpear la cabeza del virreinato. El 27 de junio la vieja Santa María de los Buenos Aires cae en manos de los "los herejes" casi sin resistencia, y en Montevideo al estupor sigue el designio de resistir por todos los medios al enemigo. Separada de su hermana mayor no se resigna a los extraordinarios hechos que se suceden y se dispone a su reconquista. Vive entonces Montevideo una de las epopeyas mas grandes de su historia. Con sus hombres y su dinero colabora ampliamente en la expedición de Liniers, y recobrada Buenos Aires en una lucha heroica, añade a su escudo las banderas y trofeos arrancados a los ingleses y el título de "Muy Fiel y Reconquistadora".

Maciel inicia la suscripción para hacer frente a los gastos de la expedición y se obliga a entregar durante seis meses 200 pesos mensuales. Al mismo tiempo le proporciona hombres, destinando un numeroso grupo de paraguayos que trabajaban en su saladero, para tripular una escuadrilla armada destinada a hostilizar al enemigo. Para su aprovisionamiento donó 30 quintales de tasajo, 90 docenas de lenguas y aguardiente. Fué uno de los mas decididos propulsores de aquella expedición, quedando en la ciudad en su cargo de capitán en los puestos de defensa.

Pero el enemigo vencido no ceja en su empeño y pocos meses después la poderosa escuadra de Popham y Backhouse remonta nuevamente las aguas del Plata. Esta vez los planes han variado y llegando a Montevideo los ingleses la atacan desde el mar, pero esta ciudad se defiende tan bravamente que tienen que volver a trastocar sus planes. Vuelven hacia la casi indefensa ciudad de Maldonado, la atacan, la toman y la saquean durante tres días, corriendo allí abundante sangre oriental. Pero los criollos —por primera vez en juego las temibles caballerías gauchas— logran cercar a los británi-

cos en aquel punto sin que puedan lograr progresos en tierra. Cerca de San Carlos muere en un combate furioso, después de destruir la caballería inglesa, el bravo teniente de fragata Agustín Abreu. Pero en enero de 1807 llega a nuestro estuario el general Auchmuty con un refuerzo de 4300 hombres, y entonces Montevideo está sentenciada a sufrir su primer heroico martirio.

El 18 de enero los cuerpos de desembarco ingleses ponen sus pies en la arena del Buceo, después de haberse retirado a Las Piedras el virrey Sobremonte, y avanzan sobre la plaza.

La noche del 19 los oficiales celebran junta de guerra y apesar de la defección del Marqués de Sobremonte se aprestan a su defensa, disponiendo atacar al enemigo al comenzar la mañana. Llegada ésta sale el ejército montevideano —muy inferior numéricamente al enemigo— alejándose marcialmente de las murallas. Lo comandan el brigadier Bernardo Lecocq y el general Francisco Javier de Viana. Allí, a la cabeza de la Quinta Compañía del Batallón de Voluntarios marcha Maciel, quien se había constituído desde días atrás en su cuartel de las Bóvedas.

Vanos fueron todos los intentos de amigos y familiares para hacerlo desistir de su actitud, haciéndosele notar que no estaba de acuerdo con su judicatura, pero su corazón no podía apartarse de sus obligaciones para con su religión y su patria.

Antes de partir había hecho un breve testamento, dejando por albacea a su esposa doña María Antonia Gil con la que había contraído nupcias el 29 de junio de 1787, en el que consta que esta quedaba en cinta. Asimismo había enviado a algunos de su familiares a Canelones e hizo transportar sus enfermos y sus caudales a extramuros, a su establecimiento de Paso del Molino.

De allá hizo venir numerosos obreros para colaborar en la defensa, contándose entre ellos mu-

chos negros esclavos capitaneados por un capataz, también de color. Adiestrados en la artillería estos negros se cubrieron de gloria respondiendo con su metralla al bombardeo enemigo, cubriendo con su batería y su valor indómito la brecha por la cual fué sangrada Montevideo hasta el momento de la capitulación. Desde entonces aquel capataz negro fué llamado entre su camaradas y por el pueblo **el Capitán tío Francisco.**

Maciel, aunque es hombre grueso y maduro, va a pie frente a su infantes, pues ha dado su caballo a un huérfano de 14 años que ha recogido en su casa y protege como a un hijo, y que ahora no lo quiere dejar en el peligro.

Las bisoñas tropas avanzan mas allá del Cristo del Cordón y sus columnas enfilan hacia el Cardal. Allí entre los chircales, los zanjones y los maizales florecidos están emboscados los ingleses, y cuando sienten a sus avanzadas ya sus fusileros han hecho decenas de bajas en sus filas sembrando en ellas el estupor y el desconcierto. Cunde entonces ese extraño pánico que inutiliza a veces a los valientes y veteranos, y poco después el ejército defensor vuelve sus rostros a las murallas desde donde millares de ojos los siguen angustiados en su trance.

El niño de Maciel entra aterrado montado en el caballo de su amo por la puerta de la ciudad donde se apretujan confusos los fugitivos. Nadie sabe donde está Maciel; el Padre de los Pobres es esperado en vano. El niño repite entre sollozos que lo ha visto caer herido.

Al otro día, bajo parlamento, sale de la ciudad un grupo de hombres silenciosos y tristes, cargando palas y azadones. Va con ellos el cura párroco y han salido para dar sepultura a los muertos. Trémulos y sudorosos marchan sobre las sendas ensangrentadas y buscan las víctimas, cuyos restos piensan llevar más tarde al "lugar sagrado". En el sitio donde los Voluntarios sufrieron las primeras descargas de los rifleros ingleses encuentran al cadáver de nuestro hombre junto con los de algunos compañeros. Las palas y azadones trabajan febrilmente bajo el duro e implacable sol de enero abriendo lechos de tierra para aquellos valientes. Después depositan en ellos sus cuerpos rígidos. A Maciel —según la tradición—, lo sepultaron al pie de un ombú, junto a su tronco, a la sombra de sus ramas pródigas, como a tantos pionners del progreso rural del Río de la Plata.

Y aunque parezca inexplicable, dados los acontecimientos que después se suceden, sus cenizas quedaron allí para siempre, perdidas para aquellos que lo amaron y para los que hoy honran su memoria.

EL AUGE COMERCIAL DEL MONTEVIDEO DEL FIN DE LA COLONIA

La tardía colonización de la Banda Oriental tuvo por corolario que en ella se hicieran sentir apenas los rigores de algunas disposiciones del gobierno español, entre las que se contaba la prohibición de que en las colonias se "labraran paños y se plantaran viñas y olivares", contenida en una recomendación a los virreyes firmada por el ministro Gálvez del rey Carlos III (25), y los de la política comercial impuesta por España a sus hijas de ultramar durante largos y pesados siglos. Es bien conocida la fórmula, invariable durante extenso lapso, de que el comercio entre ellas y la metrópoli se llevara a cabo entre uno o dos puertos españoles y uno o dos puertos americanos, lo que al mismo tiempo que hacía lento y difícil su benéfico tráfico encarecía enormemente las mercaderías. Estas eran desembarcadas en Portobelo o en Panamá —puertos abiertos sobre los dos grandes océanos, y desde allí, después de innúmeras peripecias llegaban a Potosí, en cuyos almacenes tan lejanos se surtía el comercio rioplatense que tenía que pagar varias veces el valor de su precio inicial.

Como es de suponerse esta fórmula de comercio trajo aparejado un extraordinario desarrollo del contrabando que en ciertas épocas llegó a cubrir gran parte de las necesidades de la región, ante la pasividad y hasta con la complicidad de las autoridades de gobierno (26). El contrabando, como ya se ha dicho, estaba principalmente en manos de los portugueses, actuando asimismo piratas y comerciantes ingleses.

Error tan funesto fué atemperándose un tanto en las primeras décadas del siglo XVIII; Felipe V, monarca reinante al fundarse Montevideo, de quien tomó el viejo y desusado nombre de San Felipe, contribuyó en buena parte a ello creando el régimen menos duro de las flotas y galeones de comercio.

Por el año 1759 se estableció el régimen de "buques de registro suelto", y en 1778, como hemos visto en otras páginas, se dictó el famoso Reglamento de libre Comercio, por el cual Montevideo pudo comerciar —no sin duras restricciones— con otros puertos del Continente.

Con ello y con el vuelo tomado por la explotación de la ganadería Montevideo se transformó pronto en uno de los principales puertos de la América del Sur, amenazando terminar con el progreso de Buenos Aires, por lo que las dos capitales del Plata cayeron en una honda rivalidad que dió motivo a no pocos incidentes.

Una sorda y sostenida lucha de intereses locales se entabló durante varios años entre el Consulado de Buenos Aires y las autoridades de Montevideo, tras las cuales se hallaba la Junta de Comercio que, como se deducirá de su nombre, estaba integrada por los comerciantes más fuertes de la ciudad, hasta que se llevó a cabo la construcción del puerto de Buenos Aires en el lugar conocido por el Baradero.

Nuestra capital durante este período de auge se había desarrollado en tal forma que llegó a asombrar a los viajeros que la visitaban después de algunos años de ausencia. De la pequeña península emergían sobre las rústicas murallas, subiendo las cuestas de sus pintorescas ondulaciones nuevos y rientes caseríos, confortables casonas de dos pisos, y las fábricas entonces imponentes y magestuosas de los elevados campanarios de sus iglesias. La bahía estaba siempre cubierta de embarcaciones de todas clases, y el estuario salpicado de mástiles y de blancos velámenes; en el puerto resonaban las voces de los esclavos negros ocupados en la carga y descarga de los barcos,

los gritos de los carretilleros azuzando a sus bestias, y los ruidos peculiares de sus pesados vehículos que se metían en el puerto con el agua a los ejes. El movimiento de jinetes y carretas que salían y entraban a la ciudad era intenso y lleno de colorido y los comercios se multiplicaban en las calles principales. El lujo comenzaba a aparecer entre aquellos rústicos montevideanos hijos de humildes labradores, de artesanos y aventureros; la aldea empezaba a ser una ciudad y un emporio de riqueza: todo estaba preparado para un mayor desarrollo económico y social que fué apresurado por las invasiones inglesas y con el resquebrajamiento del régimen colonial al arder, como un edificio vetusto entre las llamas de la Revolución de la Independencia.

Figurémosnos también el desarrollo que por aquellos años de sombras y luces deben haber alcanzado las pequeñas industrias locales y las artesanías. Aunque no todos sus materiales eran fabricados en el país la industria de la construcción tomó gran cuerpo y empuje: se multiplicaron los hornos de ladrillos —que aún fabricaban sus ladrillos según las antiquísimas medidas romanas—, las caleras, las carpinterías, las herrerías, las canteras, etc. Aumentó a la vez el número de saladeros, de atahonas y molinos, de fábricas de jabón y velas, de graserías, etc. y apareció la industria de la curtiembre de cueros, si bien como siempre las pieles de vacunos y yeguarizos fueron a servir de materia prima, en cifras millonarias a industrias ultramarinas que nos enviaban luego parte de sus productos a precios elevadísimos.

No me resisto a hacer sobre este punto una digresión. En su libro ya citado, "Cartas de Sud América", los hermanos Robertson dicen en una de sus cartas lo siguiente: "Por la mayoría de los cueros que comprábamos en Corrientes y Goya pagábamos un peso de diez reales la **pesada** de treinta y cinco libras, lo que hacía unos tres medios peniques por libra. Tres meses después eran vendidos en Buenos Aires a unos cinco peniques y medio por libra; y quizás seis

meses después se vendían en Liverpool y Londres de nueve a diez peniques por libra a los curtidores. Suponiendo que un cuero con otro diera veinte chelines, producía entonces exactamente diez veces el importe que el estanciero recibía por el animal en su establecimiento".

"Sin duda muchos de los cueros de novillo, de ternero y de yeguarizo así vendidos, y transportados a Inglaterra, volvían a Corrientes por el mismo camino convertidos en botas y zapatos y el estanciero hubiera podido advertir que para obtener el mismo material que vendió, se había visto obligado a dar veinte novillos; o que, necesitando muy poco cuero para calzar su pie, había debido ceder al efecto cuarenta o cincuenta caballos y yeguas." (27).

Terminado este aleccionador párrafo que puede arrancarnos graves reflexiones aún en la hora presente, notemos también que por aquel entonces la agricultura había logrado un mayor desenvolvimiento, expansión que, como se comprenderá, era paralela al crecimiento de la población del país.

LA APARICION DE LA IMPRENTA Y DEL PERIODISMO

Antes de terminar este capítulo recordemos que con las Invasiones inglesas llega al país la primera imprenta que conoce, en la cual se edita el periódico bilingüe "The Southern Star" —La Estrella del Sur—, el efecto de cuya prédica ha sido exagerado bastante por algunos de nuestros historiadores que le asignan un importante papel en la preparación del ambiente revolucionario de la Banda Oriental. En verdad, si analizamos juiciosamente los hechos, veremos que la Revolución se inicia en Buenos Aires varios meses antes que en nuestro país, y que Montevideo —la única ciudad que lee estos papeles impresos permanece aún fiel a España por algunos años.

Además la Revolución en esta Banda tiene una raíz netamente campesina y sus caudillos no deben haber leído jamás un ejemplar del famoso periódico.

La Estrella del Sur comenzó a publicarse el 9 de mayo de 1807 y su número postrero es de fecha 4 de julio del mismo año.

Vencidos los británicos en Buenos Aires y obligados a evacuar nuestra capital, la imprenta fué vendida en cinco mil pesos, "a pagar con cascarilla" para reforzar la imprenta de los Niños Expósitos de Buenos Aires, y fué embarcada en la balandra "Copiango" en el mes de setiembre siguiente. (28)

●

LOS OBREROS — LOS ESCLAVOS Y LOS ARTESANOS LIBRES

Pero ¿cuál era entonces la situación y la vida de los obreros? ¿Cuáles eran sus salarios?

Si dejamos de lado las disposiciones de las Leyes de Indias que instituían que en los trabajos pesados —construcción de murallas, etc.— la jornada del obrero no podía ser mayor de ocho horas repartidas en la mañana y en la tarde, no existían entonces en nuestro medio atisbos de legislación del trabajo.

Es de suponer que la jornada de aquellos trabajadores duraba "de sol a sol", régimen que persistió hasta los primeros lustros del siglo actual, quizás agravado bajo algunos aspectos.

Durante el período que estamos tratando los trabajos más rudos y pesados estaban a cargo de los esclavos negros o indios —que también los hubo—, por más que entre los primeros y talvéz entre los segundos se contaban numerosos artesanos: carpinteros, zapateros, albañiles, jaboneros, panaderos, etc.

El salario de estos infelices —por más que la esclavatura no tuvo en estos países los tintes de inhumanidad cobrados en otras regiones—, pertenecía al amo ; al que un esclavo que valía de cuatrocientos a setecientos pesos rendía una ganancia mensual de diez a doce pesos, teniendo el amo la obligación de alimentarlo adecuadamente, proporcionarle alojamiento y finalmente darle ejemplo cristiano.

Según un testimonio de la época, de acuerdo con las necesidades de la misma los salarios eran algo elevados, sobre todo dada la escasez de mano de obra que el crecimiento inusitado de Montevideo hubo de crear. En las barracas, consta en viejos papeles, el salario era de seis a ocho reales por día: salario que habría de ser inferior al de los vendedores callejeros de los que entonces abundaban en

San Felipe, pero en los trabajos llamados "changas" los braceros avisados podían lograr hasta dos pesos fuertes diarios.

Además, como dato curioso, parece que por aquel tiempo ya habían aparecido en nuestra capital los primeros atisbos de organización y solidaridad obrera. En una representación del Síndico Procurador don Bernardo Suárez, firmada el 7 de abril de 1809, comunica éste a las autoridades del Cabildo que los negros ocupados en las labores de la ciudad "han sabido formarse cierto plan en el cual sus trabajos vienen a ser de un valor incalculable"... Por cargar o descargar una pipa cobraban dos reales; por una jornada de trabajo en una barraca pedían dos pesos o veinte reales; a lo que parece que los patronos tenían que acceder no muy gustosos por falta de otros brazos. (29).

Su solaridad dependía de la imposición de graves penas a los que violaban su secreto convenio, y de esta manera aquellos infelices lograron imponer parte de sus justas conveniencias en aquel lejano Montevideo, que no podía comprenderlos. ,

"Más puede decir el Síndico —decía Suárez en el referido documento— no se halla un negro para un conchabo, porque todos huyen de contraerse a un solo trabajo. En esto va la conveniencia"...

¿Pero a donde iban a parar los jornales de los negros esclavos? ¿Quedaban en las arcas del amo o eran aquellos rudos y primitivos braceros en su mayor parte hombres libres?

Hoy no podemos dar una cumplida respuesta a estas interesantes preguntas que quedan planteadas a los que se ocupen más detenidamente del estudio de esta parte de nuestra historia, como tampoco pdríamos dar cifras más o menos exactas de los jornales cobrados por los artesanos y oficiales libres, de cuya vida también sabemos muy poco, y acaso solo podemos imaginarla sin mayores privaciones, pero monótona, pobres y rústica, si bien las puertas de la iniciativa individual estaban entonces abiertas para todos de par en par.

LLAMADAS

(1) **"Povoamento inicial de Rio Grande do Sul. — A Frota de Joao de Magalhaes".** — Por Borges Fortes. — Revista do Instituto Histórico y Geográfico de Rio Grande do Sul. Año XIV. Trimestre II y III.

(2) **Félix de Azara.** Op. citada.

(3) **Francisco Bauzá.** — Historia de la dominación española en el Uruguay.

(4) **Pablo Blanco Acevedo.** — El Gobierno Colonial en el Uruguay y los orígenes de la nacionalidad.

(5) **Félix de Azara.** — Memoria sobre el Estado Rural del Río de la Plata. Edit. Bajel. Buenos Aires.

(6) **Félix de Azara.** — Op. citada.

(7) **Ramón Montero Brown.** — Origen de las Misiones en la República Oriental del Uruguay.

(8) El primer molino a vapor instalado en Montevideo fué fundado por José de Büschenthal, en un lugar comprendido en el Prado actual que le perteneció.

(9) Una "fanega" de maíz sin desgranar, de ocho cuartillas, equivalía a 274.544 litros; una "fanega" de árido de cuatro cuartillas equivalía a 137.272 litros.

(10) **Acuerdos del extinguido Cabildo de Montevideo.**

(11) **José M. Perez Castellano.** — Observaciones sobre Agricultura. Edit. Barreiro y Ramos. Mont. 1914.

(12) **Dom Pernetty.** — "Historie d'un voyage aux Isles Malouines fet en 1763 et 1764".

(13) **Juan Antonio Gadea.** — Linaje de los pobladores de Montevideo. Revista Anales. Nº CXV. Montevideo.

(14) **Bougainville.** — Viaje alrededor del mundo. — Colec. Austral.

(15) **Eduardo Acevedo.** — José Artigas.

(16) **Pablo Blanco Acevedo.** — Op. citada.

(17) Colonias orientales, etc.

(18) **Francisco Bauzá.** — Op. citada.

(19) **Bougainville.** — Op. citada.

(20) **Bougainville.** — Op. citada.

(21) **Luis Azarola Gil.** — Los Maciel en la historia del Plata.

(22) **Luis Azarola Gil.** — Op. citada.

(23) **Isidoro de María.** — Op. citada.

(23) **Juan Carlos Guarnieri.** — Nuestras Industrias Madres.

(26) **Rodolfo Puiggros.** — Historia Económica del Río de la Plata. Edit. Siglo Veinte. — Buenos Aires.

(27) **J. P. y G. P. Robertson.** — Cartas de Sud América. Andanzas por el litoral argentino. (1815 - 1816). Traducción de José Luis Busaniche. — Edit. Nova. Buenos Aires.

(28) "The Southern Star". — Edición fascimilar del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. Prólogo de Ariosto D. González. Montevideo 1942.

(29) **Pablo Blanco Acevedo.** — Op. citada.

INDICE

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL 3 DE ENERO DE 1950, EN LOS
TALLERES GRÁFICOS DE LA EDITORIAL
FLORENSA & LAFON - PIEDRAS 346
TELÉFONO 8 36 03 - MONTEVIDEO